

y la imposibilidad hormonal de Rockefeller
aunque eso parcialmente signifique
que no tiene todos los hijos que puede mantener
voy a hablar de los hijos de Alicia
que juegan a capturar un rayo de sol
con vidrios oscuros de botellas rotas
no quiero callar
sobretudo algo que se parezca a la aurora
a un vendedor de lotería
o tal vez
a una estación de gasolina
cantaré al banquillo de los inocentes
y a los culpables que nos señalan con sus hermosos dedos

a los dulces muchachos de miradas feroces
que maltratan los desperdicios
con puños ensangrentados
a la muchacha que me entrega un lapicero
cada vez que se extravía una metáfora—
—y algo más si fuera necesario—
voy a cantar del uno al seis
UNO de Mayor
DOS alondras
TRES suspicacias de mis
CUATRO amigos
CINCO dedos de tu mano izquierda
SEIS años de cólera inaudita
la dignidad de Pedro, Augusto y compañía ilimitada

quién sabe cuántos de fuego acumulado
no soy un quetzal.

RAMÓN Y MARTA RICARDO DOMENECH

Un día cualquiera, transcurridos más de diez años de vida matrimonial, Ramón y Marta comprobaron que... no se podían ver. Como los dos tenían muy buen carácter, afrontaron el hecho con la misma serenidad con que habían convivido siempre. Nada de discusiones ni de heridas coras; al revés, constantemente una sonrisa a punto, una actitud de transigencia ante los deseos del otro... Así habían sido, así eran Ramón y Marta, tanto al principio de casados, cuando vivían en un humilde piso de la calle Malasaña y él no era más que un oscuro licenciado en Derecho, como después, cuando ya él había franqueado determinadas pruebas iniciáticas, subido ciertos peldaños, olvidado algunos escrúpulos, y pudieron adquirir un piso nuevo en la prolongación de General Mola, un piso nuevo que amueblaron sin estridencias pero con buen gusto y un gran sentido de la comodidad. Fue entonces cuando empezaron a tener los hijos. Uno, dos, tres. Tres es el número ideal, convinieron ambos, y ahí se pararon. Llamaba la atención aquel instinto práctico con que sabían organizar y proyectar su vida en común.

De ese instinto —comprendieron los dos, inmediatamente, aquella mañana— iban a necesitar tanto como de su buen carácter. Ramón había dicho algo sobre la toalla, que dónde estaba la toalla, y Marta creyó que le hablaba desde el cuarto de baño. A él le pasó lo mismo cuando ella le contestó que no sabía nada de la toalla, que estaría en su sitio: creyó que le hablaba desde el cuarto de baño, y alzando la voz y mirando hacia allí dijo en su sitio no está, a lo que ella respondió por favor no te enfades, cariño, no grites... Tardaron aún un rato en averiguar que los dos se encontraban en el dormitorio y que, simplemente, no se podían ver. Ramón, incluso, se molestó al principio, porque sospechó que ella se había escondido detrás de la cortina o debajo de la cama, para hacerse la graciosa o para hacerle rabiar. ¿Dónde estás exactamente? Pero si estoy aquí, delante del armario. ¿Dónde has dicho? Delante del armario, repitió ella y, efectivamente, él pudo localizar allí su

voz. Pero, ¿es posible que no me veas?, preguntó ella. No, no te veo, dijo él... ¿Y tú? ¿Me ves tú a mí? No, yo a ti no te veo tampoco, dijo ella. Estuvieron en silencio un instante, confusos. Ramón, ¿estás ahí? Sí, Marta, estoy aquí. Pero, ¿que es lo que nos pasa?, preguntó ella. No lo sé, dijo él. ¿Y qué hacemos? Al cabo de darle muchas vueltas, concluyeron que lo mejor era no hacer nada de momento. Había algo claro o indiscutible: ciegos no estaban. Podían ver, igual que siempre, la luz, los muebles... y, si se asomaban a la ventana, los coches y la gente por la calle. Y como a él se le estaba haciendo tarde para ir al despacho, pensaron que lo más conveniente era aplazar cualquier decisión hasta la noche.

Después, y aunque por separado, a Ramón y a Marta el día se les presentó como cualquier otro: una sucesión afanosa de hechos totalmente rutinarios. El atravesó con su automóvil aquel embotellamiento feroz de todas las mañanas, dictó cartas e informes, recibió visitas y llamadas telefónicas, tomó el aperitivo con un cliente, almorzó —un almuerzo de trabajo— con varios colegas, y volvió al despacho para dictar más cartas y más informes, y para recibir más llamadas telefónicas y más visitas, hasta que inició el regreso a su casa, adentrándose con el automóvil por aquel embotellamiento feroz de la última hora de la tarde. Ella se ocupó de que Ramoncín y Tjto no olvidaran nada ni perdieran el autobús del colegio, se metió otra vez en la cama y durmió dos horas más, dio las instrucciones pertinentes a la doncella y a la asistente, vistió a Javi y habló mucho rato por teléfono con una amiga evocando aquellos tiempos, aquellas cosas, y más tarde se fue de compras y a la peluquería, comió con otra amiga, hizo nuevas compras y regresó a casa antes de que lo hicieran Ramoncín y Tito. Los tres hijos estaban ya acostados cuando se oyó la puerta de la calle. Por la manera de abrir y de cerrar ésta, Marta no tuvo necesidad de ver a Ramón para saber que era él. Tampoco la tuvo para saber el gesto que él ponía al decir buenas noches, cariño, ¿todo va bien? Y al responder a preguntas de ella cómo le había ido el día, exclamando bien pero... ¡uf, estoy agotado!, ella adivinó sin esfuerzo cómo bajaba los hombros y dejaba caer los brazos, cómo adelantaba los labios carnosos sin llegar a resoplar pero a punto de hacerlo, y cómo al fin se pasaba una mano —la mano izquierda, precisamente— por la naciente calva... Y después, oyéndole doblar las páginas del periódico, sabía, si, sabía sin vacilar las expresiones cambiantes de él, la expresión risueña o indiferente o ceñuda, sólo por una exclamación aislada, por el tono de un vaya, o coño, o no me digas, y a veces ni siquiera eso, a veces sólo por un silencio muy intenso, absorto en la lectura. También a él, sin poder

verla, le parecía estar viéndola cuando ella contó que Ramoncín se había caído en el colegio pero no ha sido nada, ¿sabes?, un rasguño en una pierna, y que a Tito le habían puesto una mala nota en inglés —este chico me preocupa, es tan introvertido— y cuál había sido la última gracia de Javi, que ella refirió con el soniquete del niño. Sin ningún propósito deliberado, al solo conjuro de la voz él captaba los gestos de ella: la forma de enarcar las cejas; de abrir completamente los labios o de estrecharlos al tiempo que entornaban los párpados con languidez, o de mover la mano derecha accionado los dedos con un tic particular... Y hasta tal punto se veían, sin verse, que estuvieron largo rato olvidados de su nueva realidad, enfrascados en aquel ir y venir de palabras y de acciones cotidianas. Quizá fue eso lo que, después de la cena, cuando repararon en que seguía ocurriendo lo mismo que por la mañana, les ayudó a concebir un plan: el de seguir viviendo como hasta ahora, como si nada sucediera. Es lo mejor: piensa en los niños. Sí, dijo Ramón: y en nuestros padres, y en la gente...

Tal vez fuera posible o tal vez no: ellos aún no lo sabían, pero estaban dispuestos a hacer la prueba, tomando cuántas precauciones hubiera que tomar. Principalmente, y a fin de que se evitaran equívocos y situaciones embarazosas, ambos se comprometieron a que cada uno haría notar siempre su presencia ante el otro. Un canturreo, una tos, una exclamación al azar bastarían como aviso al entrar en una habitación o al permanecer en ella mucho rato; y al salir, cualquier indicación semejante. El método tuvo éxito. Ni los niños ni el servicio parecieron advertir anomalía alguna. Tampoco los padres de él ni los padres de ella, cuando fueron a verles con los niños. Sólo Ramoncín, un domingo por la tarde, comentó extrañado que sus padres hablaban más que antes, y que el suyo era un hablar por hablar, como si ninguno de los dos atendiera verdaderamente a lo que decía el otro: a menudo hablaban... a la vez, o de cosas distintas. Ramón y Marta no necesitaron verse para percibir cada uno en el otro un mal disimulado gesto de estupor. Fue ella quién salió al paso con una frase ingeniosa y cambiando en seguida de tema. Después, a solas los dos, consideraron aquel pequeño incidente. Con los niños es que hay que llevar un cuidado que para qué... Vamos, que es que no se puede decir nada delante de ellos. Sí, reconoció él, no hemos de confiarnos. Además, dijo ella, el chico no tiene un pelo de tonto y él supo qué gesto —orgullo— materno acompañaba exactamente esas palabras. En los días posteriores no se produjo ninguna otra novedad. Constatándolo de buen humor, esto marcha bien: dijo él una noche. Sí, dijo ella, sin hacerle mucho caso. Pero había que averiguar si, en otro tipo de circunstancias, el método seguía dando tan buenos

resultados. Muy pronto, lo quisieran o no, tendrían que comprobarlo. Entomados quedando muy mal con los Fuentes, recordó Marta: la última vez nos invitaron ellos y de eso hace la tira. Ramón advirtió que otro tanto estaba pasándoles con los Ramírez y con los Sánchez y, en general con todas sus relaciones pero ella no, ni hablar, Ramón, hace mucho tiempo aparte de que los Fuentes —Asun y José Luis— eran más su confianza, más amigos —amigos, así que si había algún fallo... ¿te da cuenta, mi amor? Vale, respondió él.

A los Fuentes, que alardeaban de gourmets, lo que más les gustaba en este mundo era cenar en algún restaurante de moda con unos buenos amigos. Ello suponía, cuando eran Ramón y Marta quienes invitaban, una pequeña dificultad: días antes había que buscar un restaurante que quizá ellos no conocieran... y como los conocían casi todos, al final Ramón desistía de preguntar más a unos y a otros, y se inclinaban por alguno tradicionalmente muy acreditado, lo que despertaba en José Luis Fuentes, al otro lado del teléfono, un comentario invariable: ah, sí, es un sitio clásico. Así ocurrió también ahora. Por su parte, Marta no sólo fue a la peluquería aquella mañana, sino que, además, estrenó un vestido-precioso-último-modelo. Ya arreglada —a lo que dedicó casi toda la tarde— se miró largamente ante el espejo y sonrió complacida. Y por un momento, por primera vez, lamentó que Ramón no pudiese verla. Pero se rehizo en seguida y ya él estaba diciendo cariño, desde el hall paseando nervioso, date prisa que no llegamos. En el trayecto, ultimaron algunas precauciones. Ya verás cómo todo va bien, concluyó Ramón, pero en un tono de falsa seguridad. Ella también se sentía insegura, inquieta. Si lo descubren, ¡qué idea se formarían de nosotros! ¡No quiero ni pensarlo! El insistió: tranquila, ya verás cómo todo va bien. En efecto, Asun y Marta estuvieron la mayor parte de la cena hablando de los hijos, de las chachas y... de las dietas para adelgazar; y Ramón y José Luis, de automóviles, de negocios... y finalmente de fútbol. Después, muy eufóricos, se marcharon los cuatro a jugar al bingo. Ya de regreso a casa, Ramón y Marta no cabían en sí de satisfacción. ¿Has visto? No se han dado cuenta de nada, dijo ella. Es verdad, dijo él: no han notado nada de nada y se reían a más no poder, contentos como niños, pues el éxito de aquella noche demostraba que, en cualesquiera aspectos, podían seguir viviendo como siempre.